

Periferias de un noble : el conde de Rebolledo

Autor(en): **Puya, Ana Isabel Martin**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **60 (2013)**

Heft 3: **Fascículo español. Heterodoxias y periferias : la poesía hispánica en el Bajo Barroco**

PDF erstellt am: **25.04.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-391129>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Periferias de un noble: el conde de Rebolledo

Como ya afirmara José Manuel Blecua, «aunque don Bernardino de Rebolledo, conde de Rebolledo, y otras dignidades más, no es un poeta extraordinario, sí es uno de los escritores del Barroco más curioso y de vida más interesante»¹. Nacido en los estertores del siglo XVI en una noble familia leonesa, inició en su juventud sus viajes por Europa y su carrera militar. A la temprana edad de catorce años se encontraba ya en tierras italianas, enrolado en la infantería de Marina de las galeras de Nápoles y Sicilia. Durante su periplo en estas regiones alcanzará el grado de capitán. Posteriormente, su labor militar le llevará a participar en los más importantes conflictos marciales en que España estaba inmiscuida, contando con un papel relevante en Flandes, tras haber participado, entre otras, en la toma de Niza. En Alemania y Hungría ejercerá labores diplomáticas en contacto directo con sus reyes. Sus sucesivos cargos y deberes militares le llevarán, por tanto, a viajar por muy diversos puntos de la geografía europea. La mayor parte de su obra poética será elaborada, sin embargo, durante sus años como embajador en Dinamarca, donde, entre otras intervenciones, «asistió con su consejo al rey durante el sitio de Copenhague»².

En el caso de Rebolledo, su propia biografía va a ser especialmente determinante en el devenir de su obra poética, puesto que serán sus cargos oficiales y sus consiguientes viajes («del orbe vi la más remota parte», dirá en sus *Selvas dánicas*, Copenhague, Pedro Morsingio, 1655) los que le permitan una mentalidad tan dispar a la de cualquier escritor español de su tiempo. Unamos a su autodidactismo (que, no está de más señalarlo, probablemente le librara de una educación unidireccional marcada por una visión dogmática) el acceso a numerosas y excelsas bibliotecas bajo el amparo de personajes poderosos y «sabios» de su tiempo, cuyas amistades se granjeaba el conde, y con ellas sus libros, y tal vez nos aproximemos a una idea cercana a lo que debió de ser el nivel de

¹ José Manuel Blecua, «Los Ocios del conde de Rebolledo», en *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, coordinado por Marta Cristina Carbonell y Adolfo Sotelo Vázquez, Barcelona, Universidad de Barcelona, vol. 1, 1989, pp. 95-119 (p. 95).

² *Ibid.*, p. 96.

erudición alcanzado por Bernardino de Rebolledo, tan divergente respecto al del español seiscentista medio, que convive con una Inquisición censora y su famoso *Índice*, en una España que busca cerrarse a la novedad de Europa. De este modo, Bernardino de Rebolledo, criado en una España en declive encerrada en su propio derrumbamiento y aferrada a un catolicismo fervoroso, que prima sobre cualquier otro aspecto, en una España dominada por el poder de la Inquisición y su lucha contra la heterodoxia del protestantismo, a través de sus cargos profesionales conocerá diversas realidades europeas y ampliará sus lecturas con el acceso a obras vetadas dentro de los límites nacionales.

Podemos afirmar, por tanto, que tales cambios de residencia y viajes continuos desde apenas iniciada su adolescencia dotarán al futuro conde de una mentalidad de apertura a Europa y a las nuevas ideas que bullen en ella, sin que esto signifique abandonar radicalmente su formación ideológica patria. Su conocimiento y lectura de los libros prohibidos por la Inquisición, que circulaban con facilidad por el resto del continente, sería inevitable; más, si cabe, si tenemos en cuenta el carácter autodidacta del aprendizaje del noble leonés, devorador ansioso de lecturas eruditas, y que no pocas veces viajaba cargado de libros. Todo esto contribuirá a forjar una erudición peculiar y marginal en la figura de Rebolledo, que va a reunir en su persona las suspicacias de un rancio catolicismo castellano y la observancia de algunas de las más modernas teorías científicas, con su correspondiente metodología.

No obstante, siendo Rebolledo un español atípico para su época, no significará esto que se vaya a alejar de la premisa fundamental que a un noble militar de su talla corresponde. Su obra se verá, por tanto, lógicamente inserta en el marco de la consideración de la primacía del catolicismo como Ley Verdadera. No olvidemos que en estos años se mantiene aún vivo el sueño imperial (vivo sólo como idea; cada vez más claro su carácter utópico en lo real, pero sueño aún perseguido por el rey y, cómo no, por el emperador). Teniendo todo esto en cuenta, no es poco notorio del carácter de Rebolledo el hecho de que considerara el cambio que el avance del siglo estaba trayendo a la mentalidad europea, hecho que podemos comprobar a través de la lectura misma de sus poemas, puesto que en ellos tendrán cabida las nuevas teorías científicas (sin que esto suponga excluir de los mismos los asuntos sagrados de la religión y lo moral). Incluso cuando son traídas a colación para refutarlas o convertirlas

en objeto de burla (acusándolas, en ocasiones, de atentar contra el catolicismo ortodoxo), no deja de ser significativa su inclusión en los versos de Rebolledo, tanto de la erudición del conde en distintos ámbitos, como de su propia reflexión y concepción científica, sin olvidarnos de su propia concepción estética.

El temprano inicio de su carrera militar a los catorce años no le impedirá saciar sus ansias de conocimiento ni venir a ser un extraordinario erudito que reescriba la unión singular de armas y letras del dieciséis en su propia figura de «caballero auto-letrado». Aunque Rebolledo no va a tener el valor de su pluma en tan alta consideración como el de su posición militar, sin embargo, tanto su pluma (cuando no se entretiene en meros ocios menores) como su espada parecen estar al servicio de sus obligaciones y cargos como fiel servidor de España y del Sacro Imperio, cuyo principal estandarte sabemos que fue la doctrina católica, vivo como estaba todavía el ya inalcanzable sueño de la unidad imperial religiosa o, más bien, de un imperio que abarcara (y uniera) toda la cristiandad. No obstante la denominación de *Ocios* que Rebolledo confiere a su obra, el leonés tendrá muy claro en todo momento que la poesía no persigue tan sólo el deleite, sino que este mismo constituirá un medio apropiado para facilitar la instrucción y el adoctrinamiento, no sólo morales o religiosos, sino que también será útil como instrumento de erudición en las más diversas materias incluida la ciencia moderna. Esto lo podemos comprobar, por ejemplo, en su *Selva militar y política*, publicada por primera vez en 1652 (Colonia, Antonio Kinchio), donde Rebolledo afirmará que «el verso es capaz de cualquier doctrina (cediendo tal vez la dulzura a la gravedad de la materia) la introduce y conserva más fácilmente en la memoria»³, idea que se va a repetir en el desarrollo versificado de este primer apartado introductorio: «Discursos breves pide la memoria, / por ser el verso más tenaz en ella / tuvieron los antiguos españoles / reducidas a él todas sus leyes» (p. 3), afirmación que vendrá a sostenerse en una enumeración de ejemplos de autores clásicos. Se trata de una justificación, a través de los modelos de la Antigüedad, del

³ Cito por la segunda edición, aparecida como *Tomo II de las Obras Poéticas* (Amberes, Officina Plantiniana, 1661). Este fragmento forma parte del epígrafe que resume la «Introducción» en el «Índice de la división, y distinción de las materias».

empleo del verso como molde didáctico e instructivo, lo que supone, por consiguiente, la justificación de la propia existencia de esta *Selva militar y política*. Por tal motivo, de la búsqueda de ejemplos de versificadores clásicos el pasaje de Rebolledo va a derivar hacia la indicación de los *grandes* protagonistas que se educaron a través de estas lecturas y de destacados hombres de armas que imitaron los usos de estos autores ejercitando su pluma, y desde tal perspectiva, el conde se autoriza a sí mismo a exponer seguidamente su propia concepción estética de la poesía, supeditada a su utilitarismo⁴:

No los desestimaron
 dos grandes capitanes y monarcas,
 Filipo y Alejandro s'instruyeron
 en ellos de materias importantes,
 con el ejemplo de Scipion y Lelio
 Julio César y Augusto compusieron
 poemas elegantes,
 David y Salomón en verso explican
 (para nuestra enseñanza)
 por afectos humanos
 misterios soberanos,
 a cuya luz procuro
 con más resignación que confianza,
 en blando acento ni común ni obscuro,
 libre de vanidad y negligencia,
 útil el gusto, la verdad sabrosa,
 adornada de propios esplendores,
 sin afectar misterio en los horrores,
 pues aprovecha más lo que deleita;
 y es tan común sentencia
 que deleita mejor lo que aprovecha;
 disponer brevemente
 a guerra y paz compendio competente,
 qu'apadrine l'estilo
 la grave austeridad de la materia
 cual suelen las suaves confeciones
 corregir las violentas medicinas,

⁴ Reproducimos aquí un fragmento del poema que, si bien es un tanto extenso, hemos considerado apropiado incluir como muestra sintomática, dada la claridad del pasaje y su presentación asertiva de un ideal poético por parte del autor.

y la severidad de la sentencia
 templada a la cadencia
 fácilmente introdusga las doctrinas,
 como los sabios reyes
 sazonan con el nombre
 de costumbres antiguas ó de leyes
 los ásperos decretos,
 domando los rebeldes naturales
 (sin que el pueblo se asombre)
 por insensibles medios
 y en peligrosos males
 [...]
 lisonjeando el oído
 la potencia mejor informaremos,
 de precisas razones,
 y sucintos ejemplos,
 sin que los leves ocios
 del menos útilmente divertido,
 ni del más dedicado
 a los graves negocios,
 en vanas distracciones
 malogren atenciones. (pp. 4-6)

Ahora bien, en esta concepción didáctica y utilitaria de la poesía de Rebolledo, todo quedará subordinado a la Ley Verdadera, tal como señala el propio autor en el epígrafe de la «Distinción XXXVIII»: «No se debe admitir máxima o razón de Estado antigua o moderna que contradiga la Ley del Evangelio».

Por tanto, dentro de estos límites ideológicos que impone la todavía no tan lejana grandeza imperial, también en su poesía se considerará Rebolledo representante de los intereses de su nación, por lo que dedicará algunas de sus obras a eminentes figuras de la realeza, como las reinas de Suecia y Dinamarca, a quienes ofrecerá, respectivamente, *La constancia victoriosa. Égloga sacra* (Colonia, Antonio Kinchio, 1655) y las *Selvas dánicas*. Si la dedicatoria a Sofía Amalia de Dinamarca parece sobradamente justificada por el hecho de que es en el país en que ella reina donde reside Rebolledo y donde ejerce como representante español e intermediario, la buena relación con Cristina de Suecia no parece menos importante en tanto que esta reina terminará abdicando de su trono debido, con toda probabilidad, a su cambio de fe (especialmente modélico si tomamos en

consideración que capitaneaba un país protestante y, además, que su propio padre fue un acérrimo defensor e impulsor de la extensión de dicha doctrina) y su consecuente cambio de ley. El especial sentimiento devoto e imperativo dogmático que Rebolledo defiende a ultranza encuentra en el personaje de Cristina un claro ejemplo de cristiandad y moralidad religiosa en su conversión a la religión ortodoxa. A Mariana de Austria, por otro lado, dedicará el conde su *Idilio sacro* (Amberes, Officina Plantiniana, 1660).

Entre las particularidades que sitúan la obra de Rebolledo en un punto absolutamente marginal de la poesía del XVII se halla la deriva de su concepción de la poesía desde un mero pretexto para el deleite, entretenimiento y amores de juventud, incluidos en sus *Ocios* primeros (es decir, en la primera edición: Amberes, Officina Plantiniana, 1650), donde sí nos encontramos esa mezcla de aparente desorden con que busca una variedad métrica y temática más propia del barroco, hacia otra poesía de mayor consideración por parte del autor, más «útil», más elaborada, con estructuras más claras, con poemas extensos, fundamentalmente silvas, donde, si bien cabe todo, parece buscarse una finalidad esencialmente didáctica, al tiempo que son empleados como instrumento diplomático y, personalmente, de búsqueda de reconocimiento, pero también de favores personales (influencias de poder). De ahí sus dedicatorias a las tres reinas.

Si los *Ocios* aparecían como suma variada y desorganizada de poemas de diversos metros y distintas temáticas, la publicación de otras composiciones más extensas de Rebolledo parece más claramente estructurada y unitaria: así, la *Selva militar y política*, las *Selvas dánicas*, el *Idilio sacro* o *La constancia victoriosa*, entre otras.

El molde principal en que se van a desarrollar estos poemas será tan propiamente barroco como la silva, molde a través del cual el autor puede desarrollar el propio discurso poético con mayor libertad métrica y que se adecua perfectamente a la intención de Rebolledo de dedicar una atención prioritaria al *docere* (filosófico, moral, religioso) frente al carácter secundario e instrumental del *delectare*. La elección de la silva le va a permitir introducir numerosas sentencias morales a modo de digresiones, al tiempo que va a facilitar la inclusión de aclaraciones y notas eruditas en sus propios versos. La finalidad principal de sus versos será, como decimos, instructiva. En diversas ocasiones nos topamos con este tipo de digresión en el *Idilio sacro*. Podemos señalar, como ejemplo, los

siguientes versos, en que interrumpe la descripción de la reacción de los presentes en el camino de Cristo al Calvario de este modo:

Y «Hosanna» repetía,
voz no bien entendida
de muchos que debiera ser sabida,
y que como del salmo bien se infiere
ruégote que le salves decir quiere⁵ (p. 19)

Más adelante, hablando de «la última cena», situará el conde entre sus versos la siguiente observación: «(que ya el precepto dispensado estaba / que comer el cordero en pie mandaba)» (p. 23); semejante recurso empleará nuevamente para indicar el origen del topónimo Getsemaní: «(voz que según la erudición explica / el molino de aceite significa)» (p. 28).

En esta obra, al igual que en *La Constancia victoriosa*, vamos a encontrar también otro claro índice del deseo de erudición de Rebolledo en las anotaciones que al margen de sus propios versos añade, señalando los pasajes bíblicos en que su escritura se basa o que, incluso, reformula⁶. Vinculado a esta metodología, que muestra un deseo de veracidad y científicidad, en las *Selvas dánicas* vamos a encontrar un desarrollo similar en la inserción, en este caso dentro de los versos mismos que constituyen la composición (a modo de notaciones eruditas insertas en el discurso poético), de las referencias a las fuentes bibliográficas de las que extrae el noble poeta los nombres y hechos citados en su historia de Dinamarca, poetizada en toda la primera parte de las *Selvas dánicas* (lo que ya, de por sí, tiene visos de ilustración —salvando todas las distancias—, aunque en buena medida no pase de una tentativa no carente de rudeza; en cualquier caso, una significativa respuesta iniciática a una realidad cambiante). En este sentido, haciendo referencia a la erudición de Rebolledo y a la inclusión de aspectos temáticos y metodológicos de distintos ámbitos y ciencias, señala González Cañal cómo, si bien no se inscribe (como es

⁵ Entre las características que destacan en la obra de Rebolledo por su propósito de «ilustrar» sus composiciones poéticas mediante el empleo de recursos más propios de una metodología científica e histórica se halla la notación, en los márgenes de sus propios versos, de la fuente de erudición de la que beben sus versos. Tal es el caso de éste, cuya nota marginal indica que el salmo al que se está refiriendo es el 118, 25.

⁶ Véase la nota 11.

lógico) en una senda ilustrada, «se advierte en él la llegada de aires nuevos: la autoridad ya no es inmutable y resulta necesario aplicar la experiencia y la observación como fundamentos del conocimiento científico»⁷.

Obviamente, se trata de una tentativa muy marcada por los intereses patriótico-religiosos de conjugar una alabanza a Dania y a sus reyes con el adoctrinamiento moral católico. Así pues, la primera de las *Selvas*, dedicadas a la reina de Dinamarca y Noruega, será una historia danesa realizada desde un momento en el que se ha vuelto a la ley religiosa verdadera y natural, lo cual constituirá motivo de alabanza, mientras que los sufrimientos y guerras pasados se van a relacionar con el desvío que reyes anteriores tuvieron de su camino y religión, recibiendo, como consecuencia merecida, el castigo por su vanidad, su deseo de venganza, su soberbia o su crueldad. Doctrina, pues, dentro de la «historia» (y a través de la poesía).

Si bien, como ya señaló hace años Aurora Egido, «el empleo de la silva para la crónica historial se desplegó en múltiples usos para entradas reales y efemérides de todo tipo que plagarían el siglo XVII, así como los preliminares de los impresos de ese tiempo»⁸, el caso de las *Selvas dánicas* de Rebolledo nos parece que va más allá, tanto por la extensión de su historia como por la profusión de nombres y el modo de tratarlos. A esto hemos de añadir el hedro de que, a pesar de que el poeta es profuso en silvas laudatorias, estas suelen ser bastante breves, vinculadas a la presentación de un retrato de la correspondiente reina, y son situadas al comienzo mismo de las obras. Hemos de tener en cuenta, además, en todo momento, que estamos hablando de una obra publicada en 1655.

Junto a los elementos ya señalados, quizás uno de los síntomas más claros de un cambio de perspectiva sea la presentación, en no pocas ocasiones y a lo largo de diferentes obras, de listados o enumeraciones de los más conocidos científicos de su época y de sus principales teorías, las cuales, si bien no siempre le resultan satisfactorias, sí, al menos, se detiene a señalarlas e, incluso, demuestra un conocimiento profuso de las mismas mediante alusiones a sus argumentos. Junto a esto, cabe señalar que, en

⁷ Rafael González Cañal, «El conde de Rebolledo y los albores de la ilustración», *Criticón*, 103-104, 2008, pp. 69-80 (p. 78).

⁸ Aurora Egido, «La silva en la poesía andaluza del Barroco (con un excursus sobre Estacio y las obrecillas de Fray Luis)», *Criticón*, 46, 1989, pp. 5-39 (p. 23).

diversos momentos de su obra, encontramos alusiones a una desviación del punto de vista hacia la confianza en la experimentación real y física; cuando menos, la consciencia y el reconocimiento de que las ideas y los modos están cambiando en Europa. Esta es la sensación que tenemos cuando, en la segunda de las *Selvas dánicas*, un anciano, tras adjetivar su experiencia como «desengañada», se decide a contar su vida al propio Rebolledo para que tenga en ella ejemplo («porque los ejemplos / mueven más de cerca»): «en diferentes climas he vagado; / estudio que a los clásicos prefiero, / si al intento se miden las acciones, / y de cortes de príncipes y reyes / s'observan los estilos, y las leyes»⁹.

Así pues, como hemos visto hasta ahora, el enseñar se impone sobre el deleitar y lo subyuga, tal como la labor diplomática se impone sobre la militar (recordemos que estamos en un periodo en que el ideal imperial pasa por hacer la guerra para vivir en paz) y la escritura, ambas tareas entregadas por el noble ideal (derrotado) del Sacro Imperio de la Cristiandad. Por este motivo, las composiciones de Rebolledo darán pie a que su secretario personal, en el proemio a sus *Ocios* de 1661, asegure que «me he resuelto a reducir lo impreso y manuscrito a tres tomos, en que se hallará suficiente instrucción para dirigir a la virtud todas las acciones de la vida humana»¹⁰.

En cuanto al lenguaje, como ya hemos mencionado, antepone Rebolledo el valor instructivo al estético, lo cual no quita que en numerosas ocasiones su terminología y sintaxis busquen un claro referente en Luis de Góngora. Sin embargo, a pesar de que en algunas ocasiones hará mención de la necesidad de la oscuridad como defensa ante las malas interpretaciones por parte del vulgo, como señala, por ejemplo, en la dedicatoria al *Idilio sacro*, refiriéndose al imaginario bíblico, su expresión, siendo emuladora de cierta complejidad barroca, se entretiene en pasajes excesivamente prosaicos en ocasiones, mostrándose irregular.

Rebolledo compondrá, pues, algunos de sus más extensos poemas bajo el esquema libre de la silva, «módulo barroco por antonomasia»¹¹, en plena

⁹ *Op. cit.*, p. 88.

¹⁰ «El licenciado Isidro Flórez de Laviada a quien leyere», p. 1 del proemio a la edición de 1661 de los *Ocios del conde de Rebolledo*.

¹¹ Aurora Egido, «La hidra bocal. Sobre la palabra poética en el Barroco», *Edad de Oro*, vol. 6, 1987, pp. 79-114 (p. 87).

mitad del siglo XVII, desde un extremo al norte de Europa, desde una periferia no deseada (el leonés expresará en sus escritos personales su voluntad de regresar a la capital española y su sentimiento de no haber sido recompensado por sus méritos), desde una erudición difícilmente accesible para un escritor peninsular contemporáneo, compondrá unos poemas en que se aleja de las tendencias barrocas peninsulares y abarca de tal modo un conocimiento militar, geográfico, histórico, con visos de deseos de cierta cientificidad que parece tantear en la oscuridad, que podríamos considerarlo, si no un antecedente de ese hombre moderno «positivista» que va a encontrar su primera manifestación en los novatores, sí, al menos, un espécimen único en los márgenes del panorama poético español que recorre el siglo XVII. No por ello su obra se va a ver carente de diversas concepciones tópicas de la época, como la relación entre naturaleza y arte, la conjugación/confabulación entre pintura y poesía, o el valor del arte como instrumento de vida eterna (en el caso de Rebolledo, tanto terrenal como espiritual, puesto que inmortaliza la obra o la memoria, pero también adoctrina moralmente). Como dijera Aurora Egido: «La concepción divina de la poesía encerraba además la aspiración a la inmortalidad a través de las letras»¹². En el caso de Rebolledo, la escritura puede convertirse en salvadora del conde, tanto haciéndole sobrevivir a su propia muerte (el «Vivit post funera virtus» que aparece al frente de cada una de sus obras), sino también sumándose a sus méritos para regresar a la patria.

Rebolledo se sitúa a medio camino entre el sueño imperial de la cristiandad y su desvanecimiento absoluto. Manifiesta su buena relación y predisposición hacia los jesuitas, como demuestran las aprobaciones de sus obras, que el conde les «solicita» expresamente, a mediados del XVII todavía no ha sufrido esta congregación la criminalización que posteriormente habría de desencadenar su expulsión. Interesados siempre por la cultura y su desarrollo, los jesuitas se mostrarán en el seiscientos más receptivos con las modernas ideas que se están extendiendo por Europa.

Rebolledo, acorde todavía a su patria y a su tiempo, se va a mover (o más bien a situar) sobre la línea que separa el dogmatismo religioso de la aspiraciones y avances científicos modernos. Sin traicionar en ningún momento la ley nacional e imperial, sino antes todo lo contrario, siempre

¹² *Ibid.*, pp. 93-94.

en función de su conservación y transmisión, su erudición le hará, sin embargo, interesarse y abrirse (relativamente) a una nueva perspectiva que abarca los avances y estudios novedosos que su tiempo está trayendo fuera de España. Y, si la religión va a ser el impulso que genere la mayor parte de su obra poética, será, también, al mismo tiempo, el ancla que le refrene e impida una inmersión ideológica total en la nueva Europa emergente (ancla que va unida, como resulta obvio, a su concepción de la patria y el deber). Esta ciega fe será la que retenga, por tanto, el acercamiento de Rebolledo a posturas menos dogmáticas. Sin embargo, es ya de por sí casi sorprendente y muy significativo su conocimiento de los grandes autores y científicos europeos del XVII, y las referencias a ellos e, incluso, la explicación de sus propias teorías, acompañadas en ocasiones con los argumentos con que el poeta los acepta o rechaza; otras veces, aceptadas sin justificación alguna, o negadas de modo conciso, pero contundente, mediante una incisiva burla.

Tras todo lo expuesto hasta aquí, y teniendo en cuenta que este marco nos permite solo un acercamiento inicial, podemos concluir reconociendo que el propio conde de Rebolledo ya apuntó en las *Selvas dánicas* el destino de su poesía: destinado él mismo en tierras lejanas y desempeñando su labor en diversos puntos siempre distantes de la capital española, a donde conseguiría, finalmente, regresar; publicando sus obras en Colonia, Copenhague o Amberes, y con una mente tan sumida, a la vez, en lo español (y en la nobleza de su empresa político-religiosa) como alejada de ello en su apertura las principales lecturas europeas, fue relegado, también en el estudio y en la memoria, a un espacio singular, y no tan conocido como seguramente merece, de la periferia de la poesía española del seiscientos.

ANA ISABEL MARTÍN PUYA

Universidad de Córdoba

anaisabel.martinpuya@gmail.com

